



Los funerales del Inspector General. Los gendarmes y los bomberos marchando detrás de la carroza.

sia afirmará, desde luego, lo que afirman ellos mismos y en mis votos de gracias al Santo Padre coloco en primera línea la opinión de los filósofos; los libre-pensadores no sabrán reprocharnos por agregar más virtudes á las que reconocen ellos mismos á nuestra heroína nacional...

A las diez y media, después de haber penetrado en el Vaticano por el patio de San Dámaso, pasado por las loggias de Rafael y la admirable Sala Clementina, en la cual están enfilados los guardias suizos, entramos en la Sala del Consistorio.

La multitud es poco numerosa: dos ó trescientas personas á lo más, algunas señoras cubiertas con la mantilla reglamentaria, los hábitos negros, los capuchinos, los prelados romanos, de violeta, los jóvenes dependientes alemanes, de rojo; tres religiosas, algunos obispos. Llegan primero el Embajador de Francia y Mad. Nissard; después, el Embajador de Austria, los Cardenales Ferrata, Mathieu, y Steinhilber, el auxiliar del primado de Hungría, que leerá el decreto de beatificación de dos jesuitas alemanes; Mons. Mourey, auditor de la Rota; Mons. de Hantpoul; Mons. Riffen, sacristán del Papa; Mons. Armaillaeq, rector de San Luis de los Franceses; el padre Herzog, postulador de Juana de Arco; Mons. Duchesne, miembro del Instituto de Francia; M. Guillaume, director de la Academia de Francia en Roma.

Suenan las once. Se escucha un ligero campanillazo. Seis guardias nobles, con sable descubierto, preceden á Pío X que va á sentarse en su Silla mientras que todo el mundo se pone de pie, y que un silencio instantáneo, absoluto, sucede al murmullo de las conversaciones.

Yo quedo súbitamente impresionado de la cara del Santo Padre, de su expresión de bondad absoluta, de modestia, diré casi de humildad, que se juntan á una dignidad natural y que inspiran simpatía aun á los profanos.

A la par que conserva la actitud de una gran corrección, parece por la dulzura de su mirada, excusarse de ocupar la Silla de San Pedro.

Durante la larga lectura de los decretos en latín, concernientes á los jesuitas alemanes y Juana de Arco, Pío X guardó una inmovilidad de estatua. Tomó en seguida la palabra Mons. Touchet, para pronunciar un discurso en francés, del cual me dió después el original escrito de su mano.

Durante este discurso el aspecto de la

sala se modificó, las fisonomías se animaron. Un pasaje fué subrayado por una sonrisa de aprobación de todos, aun del mismo Pío X.

Cuando el Obispo de Orleans pidió la bendición del Santo Padre para la Francia, cuando en su peroración hizo un llamamiento á Juana para pacificar los corazones como en otro tiempo unió los esfuerzos de cada uno para arrojar al extranjero de nuestro país, hubo una emoción general, y, no pudiendo aplaudir las manos, se humedecieron los ojos.

En seguida Pío X con voz fuerte, ca-

liente, animada, leyó su discurso, escrito por su propia mano... pero en latín.

Terminada la ceremonia el Papa se levantó y concedió su bendición al auditorio que la recibió de rodillas.

T. CAHU.

trad. M. H.



Los funerales del Inspector General. En el panteón durante la oración fúnebre pronunciada por el Lic. Zimbrón,